

La taciturna y despampanante Clarice

Ese pelo incandescente,
que apacigua mis días
más efervescentes.
Necesito de ti
al igual que tú de mí;
o eso me gustaría pensar.
Sería el más dichoso
de todos los mortales,
si me correspondieras
como a esos comensales,
a los que brindaste la fortuna
de contemplar tu carita de luna.

Esos gigantescos ojos azules,
se clavaron en mí
como esquirlas de abedules.
Eres preciosa, temerosa,
sobre todo. Debes soltarte
más
y sumergirte en el alborozo.
Pero muy a mi pesar,
ya me he podido imaginar
que tan dichoso no soy,
ni tampoco un ricachón,
pero puedo brindarte
mucho más que dinero
debajo de un colchón.
Recuerda que el amor eterno
vale más de un millón.

Oh Clarice,
tú no tienes sucedáneo.
Podría contemplarte
porque ese arte
retumba tanto en mi cráneo,
que se asemeja
al embriagador sonido del
mediterráneo. Si de verdad no
me quieres,
dímelo sin tapujos,

no quiero ser uno más preso de tu
embujo. Tú fuiste la que compuso el
prólogo,
ahora acáballo.
Advertí tu hiriente respuesta
ya hace un tiempo,
pero me logré autoconvencer
de que era mentira.
Dímelo, por favor,
y silencia mis más horribles
pensamientos, que me están
amedrentando.

Respóndeme, por favor,
o cúbreme con esa mortaja
que portas en la mano
a modo de navaja.
Pero antes, dime algo,
te lo suplico,
porque esto me sobrepasa,
¿o tengo que ser más estoico?
¿Qué me pasa?.
Pero la duda me consume, me destruye.
Necesito saberlo y librarme de esta
incertidumbre. Te lo pido mirando hacia tu
cumbre,
¿Por qué no dices nada?
¿Eh, Clarice, por qué tus movimientos
son iguales a los míos, y tus labios
se mueven a mi compás?.
¡Maldición! ¡Creo que ya te he vuelto a
imaginar!

Álex Muñoz
1º Bachillerato A